

DISCURSO EN DEFENSA DEL POETA
PABLO GARCÍA BAENA
ANTE EL CLAUSTRO DE DOCTORES
DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
REUNIDO EN EL PARANINFO
EL DÍA 23 DE FEBRERO DE 2017

Señor Rector Magnífico,
Señora Secretaria General,
Señoras y Señor Miembros de la Mesa del Claustro ,
Señoras y Señores Vicerrectores,
Señoras y Señores Doctores de la Universidad de Salamanca:

El honor tan grande de dirigirme hoy a ustedes lleva aparejada una responsabilidad del mismo rango, que espero cumplir dignamente y para la que solicito su benevolencia. Vengo a defender a un poeta, a Pablo García Baena, y a sostener la posibilidad de que se incorpore *honoris causa* a este Claustro. Escribió Edward Gibbon que el Senado romano ha sido la asamblea más augusta que han conocido los siglos. En nuestra sobriedad universitaria, nosotros también custodiamos una dignidad muy antigua, a punto de ser ocho veces centenaria, como acaba de recordarnos el cronómetro instalado en el Patio de Escuelas. En esta cámara, más antigua que la de de los Lores británicos, nos sentamos personas de diferentes áreas de conocimiento, edades, sexos, condiciones e ideologías. Hemos llegado a este Claustro única y exclusivamente por nuestros méritos. Con la ventaja –hablemos claro– de que no necesitamos ser aristócratas de la sangre, porque intenamos serlo del espíritu. Por eso, se da la paradoja de que, sin necesidad de haber sido elegidos, formamos una asamblea extremadamente democrática y representamos esta tarde a muchos. Por supuesto a aquellos que han delegado el voto en nosotros y a todos los que no han

podido acudir a esta convocatoria. Además, de acuerdo con la figura poética de la sinécdoque, que hace que la parte valga por el todo, representamos misteriosamente a todos los doctores de Salamanca, los de los ocho siglos pasados y los de los ocho siglos futuros, por lo menos. En nombre de todos ellos tendrán que decidir ustedes si aceptan o no al poeta Pablo García Baena como uno más de nosotros. Y, puesto que es un acto de largo alcance simbólico, decidir si su nombre se inscribirá en negro en los libros de nuestros registros y en rojo en los muros de nuestro estudio.

En uno de sus discursos más famosos Cicerón defendió a otro poeta, el griego Arquias, en un proceso tan actual como la concesión o no de la ciudadanía a un extranjero. Hace veintiún siglos el príncipe de los abogados pronunció algunas palabras que hago mías ahora, puesto que nuestro doctorado bien vale una ciudadanía ideal en la *res publica litterarum*: “hablo –dijo el romano– en favor de un excelso poeta y un eruditísimo hombre, ante una reunión de personas sumamente instruidas, ante vuestra humanidad”. Como él, pido que “me permitáis hablar un poco más libremente de los estudios de humanidades y de las letras” y que se oiga mi defensa del poeta como apología también de la poesía, y de las humanidades y de las artes.

Pablo García Baena es el Decano de los poetas españoles. Lo es por la excelencia de su obra, que ha merecido los más grandes honores institucionales, incluyendo el Premio Príncipe de Asturias en una fecha tan temprana como 1984, el Reina Sofía de Poesía Iberoamericana en 2008 y el Premio Internacional García Lorca en 2012, además del reconocimiento de la Asociación Colegial de Escritores que lleva el nombre de nuestro Nebrija.

Participó en el grupo Cántico que en la posguerra representó una tercera vía literaria, distinta de la poesía garcilasista y de la social. Reunía lo mejor de ambas en una síntesis de rebeldía estética: por un lado calidad formal, vínculos

con nuestra literatura del Siglo de Oro y con la mejor poesía europea e internacional. Su cosmopolitismo aportó una disidencia que ha sido la de más largo recorrido. Por otro lado, su vitalismo heterodoxo y su hedonismo radical desafiaban abiertamente los postulados oficiales, y mostraban que una opción estética íntegra tiene repercusiones éticas y políticas de mucho alcance. Conjuga con admirable naturalidad cultural la herencia renacentista con la barroca, en una visión armónica, de momento único, que coincide con las visiones más lúcidas del mundo académico. En cuanto a la revista homónima que codirigió junto a Ricardo Molina y Juan Bernier, entre 1947 y 1957 publicó veintiún números, siendo el principal el homenaje a Luis Cernuda en esos años todavía de posguerra.

Su poesía continúa, imita, varía y, en el sentido mejor, emula, a Garcilaso, a Fray Luis, a San Juan de la Cruz y, sobre todo, a Góngora, de cuya estética ha sido defensor durante décadas. Siendo ya San Juan de la Cruz doctor *honoris causa* nuestro, y habiendo sido Góngora alumno de nuestras aulas, no es descabellado proponer a este discípulo de ambos para el doctorado.

A las influencias fortísimas de Bécquer, Rubén Darío, Antonio y Manuel Machado y Juan Ramón Jiménez, se une el hecho de que él y Cántico representan el vínculo directo entre la Generación del 27 (singularmente Cernuda y Guillén) y las generaciones posteriores a ellos. Es reconocido como maestro prácticamente por todas las promociones y tendencias de poetas actuales, al menos de los que conforman la poesía literaria. Se cuentan entre sus seguidores poetas del 50 como María Victoria Atencia o Antonio Carvajal, los novísimos como Gimferrer, Colinas, Carnero, Villena o Siles, poetas de la experiencia, especialmente García Montero y Benítez Reyes, mujeres incluidas en *Las Diosas Blancas* como Ana Rossetti o Isla Correyero, poetas de los 90 y otros del nuevo milenio. Presenta su trayectoria un magisterio continuado que bien merece acreditarse con el título honorífico de doctor.

Es también el decano por su edad. Nació en 1921 en Córdoba. Del bachillerato en el Colegio Francés pasó a la Escuela de Arte. Trabajó en el catálogo artístico de la Provincia de Córdoba y después como anticuario, hasta su dedicación plena a la literatura.

Su primer libro es de 1946. El último, de 2015. Ocho décadas han visto cómo se sucedían sus títulos memorables. El primero fue *Mientras cantan los pájaros*, renacentista en las formas y romántico en el sentir elegíaco. Luego se autorretrató para siempre en *Antiguo muchacho*. Le siguieron *Junio* (un libro de felicidad solar) y *Oleo* su reverso, un código ascético, cuyo nombre alude tanto al ritual católico como a la técnica pictórica. *Antes que el tiempo acabe* fue escrito con una beca de la Fundación Juan March y remite a Cernuda y por él a otro gran sevillano, Fernández de Andrada, devolviendo al barroco su condición “moral” para la angustia de hoy.

Gozos para la Navidad de Vicente Núñez reunió una colección de villancicos en las mejor tradición doble, popular y culta. En 1990 publicó *Fieles guirnalda fugitivas*, un libro de madurez perfecta centrado en el erotismo, la amistad o el compromiso con el patrimonio artístico. Dieciséis años después, en 2006, vio la luz *Los Campos Elíseos*, en el que la ancianidad cumplida se expresa en un lenguaje actual.

Si sus libros centrales abundan en el versículo largo (bíblico, arábigo y whitmaniano), en los más recientes asoma el verso breve y el poema desnudo. Si a eso añadimos su dominio de las estrofas populares –romances, villancicos– y del soneto clásico, podemos concluir que estamos ante un poeta entero.

Su poesía completa ha sido editada varias veces en Visor. Nuestra universidad y el Patrimonio Nacional publicaron su *Rama fiel*, con motivo del Premio Reina Sofía (2008) y, aparte de otras antologías, desde 2015 cuenta con una en la serie que Ediciones Cátedra destina a los clásicos en español.

Es Académico de honor de tres Academias, y miembro del Patronato o Consejo de distintas Fundaciones. Así mismo es Director –ya Emérito– del Centro Andaluz de las Letras desde que fue creado esta institución.

Hablemos brevemente de sus cualidades personales, que también deben pesar en la decisión de ustedes. Oigamos a cuatro poetas muy distintos. Su compañero de grupo Ricardo Molina lo calificó como “el último ciprés” aludiendo a la altura del proyecto vital, a la belleza de su entrega al arte, a la soledad y al acompañamiento (sombra, frescor) que todo artista aporta a sus conciudadanos. Luis García Montero, colega nuestro por catedrático universitario, ha señalado “la exigencia de una ética distinta”. Luis Antonio de Villena ha calificado su obra con adjetivos que valen para la persona: “poeta *puro*. Finísimo poeta perdido con su mundo lleno de lujo y de doradas pasiones (...). La poesía es sólo la encumbración de lo que somos”. Y recuerda un aviso de García Baena que debemos leer como si fuera otro emblema humanístico de nuestro claustro: “Vivir es lo más importante”. En fin, cuando en 1984 se le concede el Premio Príncipe de Asturias de las Letras. Vicente Aleixandre, que había recibido el Premio Nobel unos años antes, lo celebra rotundamente: “Me adhiero al homenaje a nuestro gran Pablo García Baena y evoco aquel día primero en que lo conocí en 1948... se levantaba como una estrella, como una anunciación que tendremos que llamar irresistible”. Yo me limito a decir que es un hombre de bien y de concordia.

Defiendo su ingreso en nuestra *enkyklopaideia*, con el hermoso nombre griego que se da a sí misma en su Fachada Rica, porque engloba las ciencias, las leyes, las disciplinas antiguas y nuevas y, como sabemos por el lema latino, todas las ciencias y todas las artes. Pues, usemos otras dos palabras griegas, que entre la poesía en nuestra academia. Y, como en cualquier otra academia, la incorporación de un nuevo miembro es una decisión tomada libremente por sus pares, ustedes, a los que con razón se reserva la última palabra.

Meditemos esto: un doctorado que se concede para honrar a un ciudadano posee una faceta social: la ejemplaridad, el estímulo a la excelencia y el simple hecho de poner las cosas del lado del bien. Es un premio sí, y sé que para Pablo García Baena éste sería el más valioso. Es un regalo de los que no tienen precio. Sin embargo, ante todo se trata de un título universitario, el más alto, por el prestigio – y no sólo por la antigüedad– de nuestro estudio, que en el dominio de las letras goza de la primacía entre las universidades españolas e hispánicas.

Nadie mejor que nosotros, que dedicamos unos años de nuestra vida a redactar nuestra tesis, sabe lo que vale ese título. El vitor que pintamos en nuestras paredes es anagrama de una victoria: sobre nosotros mismos, sobre las adversidades que la vida pone a nuestros proyectos, sobre el tiempo. Otros olvidan las angustias de la creación artística. Nosotros, en nuestra humanidad fruto del estudio, reconozcamos en este poeta a todos los creadores y artistas. Demos sentido a su entrega generosa. Veamos este momento como la defensa de una obra que equivale a una vida. Valorémosla como una especie de tesis preciosa, presentada ante un tribunal de doctorado más numeroso y cualificado de los cinco o tres habituales: el Claustro de todos los Doctores.

Recapitulo diez razones que dan sentido a esa tesis, aparte de todo lo expuesto:

- 1) Su entronque con la Tradición Clásica Grecolatina: estrofas, mitos, el paganismo, epicureísmo, y cierto ascetismo, a veces horaciano y a veces estoico..
- 2) Es lo que debe ser un poeta: un soberano del idioma. Minucioso cual orfebre, ha embellecido la lengua española, labrando uno de los léxicos más ricos de toda nuestra literatura.

3) La presencia del Arte en su poesía es una constante: pintura, escultura, fotografía o tapices van de la mano de arquitectura y urbanismo. Es uno de los poetas pioneros en la defensa del Patrimonio.

4) Su rica relación con otras literaturas, como la Francesa, la Italiana, la Gallega (en la que ha escrito algún poema) y la Catalana (de la que promovió traducciones en los años 50), la Árabe-Andaluza y la Bíblica.

5) Su ética de la independencia, ejemplar para sus conciudadanos.

6) También su estética de la de la lentitud y de la obra bien hecha, frente a nuestra época de prisas, urgencias y angustias. García Baena propone la serenidad de un proyecto que restaura la vigencia del humanismo.

7) A las puertas del VIII Centenario de nuestra Universidad, este poeta, autorretratado como “casi un centenario” representa una etapa de nuestra literatura, desde los poetas del 27 hasta los que son estudiantes ahora mismo.

8) El Doctorado se vincularía con el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, que celebra su XXV edición, retomando el honor que se otorgó en el año 2000 a José Ángel Valente.

9) Viene aprobado el nombramiento de doctor honoris por el Consejo de Gobierno, a propuesta del IEMYR, centro profundamente interdisciplinar cuyas especialidades se ven interesadas prácticamente todas en la obra de este creador. Viene con el visto bueno de la Junta de la Facultad de Filología y con el apoyo de los Departamentos de Literatura Española e Hispanoamericana Filología Clásica e Indoeuropeo, y Filología Francesa. Presentamos también adhesiones provenientes de distintas Universidades españolas y extranjeras. Entre otras, la Rectora de la Université de Paris VIII, los Decanos de Filología de

la UNED y la Universidad de León, el Departamento de Literatura Española e Hispanoamericana de la Universidad de Sevilla; las Cátedras: Góngora de la Universidad de Córdoba, Valente de la de Santiago de Compostela, y Cernuda de la de Sevilla; las Fundaciones: Princesa de Asturias, Gerardo Diego, Loewe, Jorge Guillén, Zenobia y Juan Ramón Jiménez, y Vicente Núñez; el Instituto Cervantes; la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo de Málaga, la Real Acadèmia de Cultura Valenciana; Catedráticos y Profesores de Español de Ca'Foscari en Venecia, Wuppertal, Reims, Littoral en Boulogne-sur-Mer, Le Moyne College en Estado de Nueva York, y París, así como poetas de distintas generaciones y estéticas (Carnero, Colinas, Siles, Villena, Correyero, Law Palacín entre otros), junto a personalidades prestigiosas que incluyen a la exministra de Cultura Carmen Calvo.

10) La décima es un verso, el último del soneto que García Baena escribió para nuestra Universidad, con ocasión del Premio Reina Sofía. En él, siguiendo los pasos de Góngora, define nuestra biblioteca con una hendíadis, aquella rara figura que convierte una cosa en dos: “biblia del mundo y su sabiduría”. Es decir, conjunto armonioso de libros que reúne la sabiduría del mundo.

Sería muy bello que ustedes aprobaran que este poeta docto pase a ser poeta doctor. “Sea –dijo Cicerón– sagrado ante vosotros, humanísimos hombres, este nombre de poeta, que ningún país bárbaro nunca profanó. Las piedras y las soledades responden a su voz; a menudo las fieras se doblegan ante su canto y se detienen: nosotros, educados en óptimos saberes, ¿no nos conmoveremos con la voz de los poetas?”.

Para concluir, repito las palabras del abogado romano en defensa del poeta griego: “os ruego que me deis en esta causa la venia”.

Juan Antonio González Iglesias

Instituto de Estudios Medievales y Renacentistas -IEMYR
Departamento de Filología Clásica e Indoeuropeo